



Vayan al teatro  
Zéñfrense



## QUEJÍO

### Teatro Salvador Távora

Un quejío prolongado se amarra a mis entrañas, lágrimas encadenan mis ojos y se adentran a vivir la historia de los antepasados andaluces que no es distinta a la de la América Latina, a la historia del ayer, a la de ahora. Sentada en mi butaca, esposada a los lamentos rebeldes de los cantaores que buscan liberarse veo al guitarrista abrazar las cuerdas, trenzando “ayes” sucesivos de los tres cantaores. QUEJÍO de Salvador Távora es poesía en escena, un viaje al interior de nuestras cadenas, el camino hacia la psique del opresor.

Quejío se presentó el fin de semana, de la No Feria de Sevilla, que por la pandemia fue suspendida de nuevo, sin embargo, en calles, casas y locales se sentía el festejo, estelas flamencas por doquier. Cuando, en la región donde nació, se hace



referencia a Sevilla, se habla de flamenco, semana santa y toros. Vivir en la ciudad del eterno lamento, es acoplarse al quejío de los cantores y cantaoras, al sonido triste, aunque la letra sea un canto a la vida. La narración musical propia de los bardos que hace tres mil años se diseminaron por estas tierras, mezclados desde fenicios hasta gitanos. Decía Salvador Távora que “el espectáculo se vuelve rito por sí mismo, se vuelve ceremonia”. Asistí, sin proponérmelo, a la ceremonia de un ritual iniciado hace 50 años que reivindica el verdadero flamenco, el dolor, las heridas de la dictadura, las luchas obreras, las luchas campesinas. Un espectáculo que cada día es más actual. La obra abre la puerta a la violencia silenciosa que ejercen opresores a diario, la migración, la ruptura, el abuso, el grito sincero, temeroso, resignado, sin máscaras. ¿Cuántos gritos de esos llevamos atragantados en nuestras gargantas hoy?

Había asistido al ensayo de la obra, un trocito de realidad, que me dejó con un grato sabor de boca. Acudir al Teatro Salvador Távora fue un viaje hacia la otra Sevilla, la que no se ve en las fotos turísticas, la que se enraíza en casitas amontonadas, macetas y terrazas empotradas en andenes, calles polvorientas en donde la vida sigue, por ahora, muy parecida a esa vida de los antepasados, los que se atrevieron a cantar con llanto su difícil realidad económica y social. Las puertas se abren, las luces se apagan, una hora de angustia, de cantes, de bailes, de no moverse de la butaca para no traicionar esa confesión dolorosa y presente.

Quejío vibra con los cantaores, pero es el compás de todo el esquema el que da vida, y la quita. La fuerza del lamento, se disputa el protagonismo con la firmeza en piernas del bailaor, la flauta triste sentencia la unión de opresor y oprimidos. La guitarra y su agonía: complemento de la rebeldía andaluza, la de los antepasados y los de ahora.

“La acción teatral siempre tiene un sentido político como cualquier expresión del arte” dijo Salvador Távora. Y en Quejío hay arte, profundo, de sobra. Hay flamenco, del verdadero, hay teatro del visceral, el de barrio, donde todo empezó.

**Carmen Andrea Rengifo Gómez**

Teatro Távora Sevilla

19 de Abril de 2021